

siones sin comunicarse más que con las personas que han de figurar en el movimiento, y la señal la daré yo cuando vea perfectamente que no se puede hacer otra cosa.

—Entonces, ¿no es asunto resuelto? preguntó Payno.

—Todavía no: déjenme jurar tranquilamente. Yo tengo aún fé en la Constitución. Quizás la pierda cuando la jure; pero entre tanto soy constitucionalista y punto en boca.

Los conjurados se separaron muy emocionados.

Comonfort, según hemos visto, se presentó á jurar el día siguiente ante la Representación popular.



#### CAPITULO XIV.

##### *Estalla la bomba.*

DESDE el 1.º de Diciembre en que juró Comonfort la Constitución, y que por ese motivo había reinado alguna animación en el Congreso, las sesiones habían continuado sin ningún interés, aunque los diputados por su parte no dejaban de formar corrillos y de trasmitirse noticias y rumores más ó menos alarmantes, ya sobre cambios de política, ya sobre un golpe de Estado. Por más que Comonfort hubiera recomendado el sigilo á los conjurados, como á la vez les había encargado que hablaran, escribieran y prepararan á sus amigos, naturalmente tratándose de un futuro acontecimiento sensacional, se supo lo que se estaba tramando en la Capital por todas partes, como si ya hubieran estado establecidos entonces los hilos telegráficos. Además, aunque muchos no supieran nada, lo presentían, lo notaban en la atmósfera, no dejaban de sentir que soplaban *vientos de fronda*.

Así, pues, el día 14 de Diciembre, antes de que se abriera la sesión, un grupo de diputados sostenía un diálogo muy animado en una extremidad del salón, del que vamos á procurar hacer un extracto.

—¿Qué tienen ustedes de nuevo? preguntó Apolonio Angulo á sus dos paisanos Fermín Riestra y Amado Camarena.

—Circulan muchos rumores alarmantes, contestó el último, hasta el administrador de mi hotel dice que vamos á tener revolución.

—¿Pero una revolución reaccionaria? preguntó Riestra.

—Naturalmente, respondió Angulo, ¿no ayer mismo Comonfort mandó que celebraran una solemne función en el oratorio de su palacio en Tacubaya á la virgen de Guadalupe para glorificar su defección?

—¿Su defección? preguntó Camarena.

—Su defección, una vez que el Presidente es ya acusado por la conciencia pública como uno de los principales conspiradores.

—Eso es muy grave, dijo Riestra.

—Tan grave, continuó diciendo Angulo, que según me acaba de asegurar un coronel amigo mío, no se pasarán ocho días sin que estalle el movimiento.

—Aquí viene nuestro Presidente Olvera, dijo otro de los diputados que estaba en la reunión, y él nos dirá lo que nos toca hacer á nosotros.

—Irnos á nuestras casas, contestó Riestra sonriéndose forzosamente.

Se pasaba de largo Olvera, pero Camarena lo detuvo diciéndole:

—¿Ya sabe usted las noticias?

—Hay tantas, que no encuentra uno qué pensar, contestó Olvera. ¿Ustedes se refieren á la acusación de Payno?

—¿Qué acusación? preguntó Angulo.

—La que va á presentar la diputación michoacana.

—¿Contra Payno?

—Sí, por el delito de conspiración.

—¿Y quién presentará la de Comonfort?

—Pronto lo veremos. Voy á abrir la sesión.

Olvera, sin querer detenerse más, se encaminó á su asiento y abrió la sesión.

A pesar de que el salón estaba concurrido reinaba un silencio sepulcral. Todos los diputados tenían cuando menos el presentimiento de que se iba á tratar de algo muy grave, y estaban muy atentos á las lecturas, y todavía se manifestaron más preocupados cuando rápidamente se pasó de la sesión pública á la sesión secreta.

Después de leída el acta, dijo el Presidente Olvera:

—Tiene la palabra el C. diputado por Michoacán Eligio Sierra.

El diputado Sierra abordó la tribuna, dijo una pequeña introducción y en seguida leyó una carta (una de tantas cartas que se habían enviado en aquellos días) dirigida al general don Epitacio Huerta y firmada por el general Zuloaga y por el ministro Payno, invitándolo á pronunciarse contra la Constitución. De la misma manera leyó otras cartas dirigidas al mismo Huerta por otros militares y hasta gobernadores, en el mismo sentido.

Los diputados se quedaron atónitos, como heridos por una centella, sin saber qué partido tomar.

No había que hacer más que consignar el asunto á la

sección del gran jurado y pedir al gobierno explicaciones.

Pero cuando salieron de allí muy azorados, iban diciéndose unos á otros:

—Lo que hagamos nosotros no tendrá resultado. . . ¿Qué podemos hacer contra el gobierno que tiene la fuerza, si el mismo gobierno es el que se pronuncia?

El día 15 se presentó en la Cámara don Benito Juárez, ministro de Gobernación, quien aun no tomaba posesión de la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y dijo: que plenamente autorizado por el Presidente, manifestaba que aquel protestaba con toda lealtad acatar los acuerdos del Congreso y conservar á todo trance la tranquilidad pública.

Considérese en qué situación se encontrarían los diputados cuando por un lado estaban íntimamente seguros de que Comonfort preparaba una defección, y cuando por otra parte el immaculado Juárez, en quien tenían plena confianza, les aseguraba que Comonfort no cometería defección ninguna?

Pero era que hasta aquellos momentos, ó Juárez también estaba engañado, ó tenía grandes esperanzas de detener á Comonfort al borde del abismo. Los que allí estuvieron, platicaron después que, la voz de Juárez al estar informando al Congreso muy leconicamente, era insegura, trémula, cavernosa, según les había parecido, tal vez por las preocupaciones de que todos estaban dominados.

Y no decían ¡Juárez es un impostor! sino Comonfort es un audaz, un hipócrita ó un canalla.

En la sesión del día 16 se despejó más la incógnita; pero antes tenemos que asistir á la conferencia de Juárez y Comonfort, cuando el primero le fué á dar cuenta de la comisión que le había confiado para el Congreso. Ambos

se trataban con intimidad, se habían acostumbrado á tutearse en el Sur en el largo tiempo en que estuvieron juntos, y Juárez dijo al Presidente con su acostumbrado lacónismo:

—Cumplí con tu encargo.

—¿Cómo te recibió el Congreso?

—No sé: entré allí como sobre espinas y hablé poco.

—Tú nunca hablas mucho. En fin, cuéntame tus impresiones.

—Ningunas: cumplí con lo que me encargaste y se acabó.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí.

—Por qué?

—Porque me estás engañando.

—Te he tenido vergüenza, créemelo. Por más que á tí te quiero más que á todos, has sido el último á quien he querido confiar mis proyectos. Me he resuelto á cambiar de política, porque tú mismo que eres tan demócrata estás viendo que la marcha del gobierno se hace imposible.

—Yo ya me he sospechado todo, pero no diciéndome tú, ¿para qué había de preguntártelo? Sólo ahora que me has puesto en vergüenza con el Congreso pensaba decirte algo.

—Perdóname, Benito, te ruego que me perdones por eso y por no haberte preguntado nada sobre mis planes.

—Eres libre de tus acciones.

—¿No lo apruebas tú? ¿No me acompañarás en mi nuevo programa?

—No.

—Es necesario que te convenzas de que las gentes que han dado impulso al gobierno, nos han llevado demasiado lejos. Todavía no es tiempo de tirar el guante al clero, ni de plantear reformas que chocan con las preocupaciones. Todo el país es religioso y debemos respetar la religión en sus sacerdotes. Yo no les temo á los enemigos armados, á todos los he vencido y seguiré venciendo los. Lo que temo es la revolución moral, lo que no puedo contrariar es la opinión de todos. Hasta los más avanzados en ideas han venido á decirme que debo hacer á un lado la Constitución.

—¡Perjurándote y traicionando á tu partido!

—Yo te juro que lo que quiero es salvarlo.

—¿Y quién puede ya tener fé en tus juramentos?

—No puedes figurarte cuánto siento que no te vengas con nosotros.

—Te deseo buen éxito en tu empresa, dijo Juárez levantándose con toda calma. Yo desde ahora me retiro.

Y Comonfort, sin pensar en detenerlo, se cogió la cabeza con ambas manos, clavó los codos en la mesa y se quedó pensativo.

El día 16 se reunieron los diputados y todos se comunicaban en voz baja sus noticias. Unos decían que pronto iba á estallar el movimiento reaccionario encabezado por el mismo Comonfort. Los partidarios de éste, sus aduladores, sus hechuras, sus amigos, que los tenía muchos que se llamaban así como los tienen siempre los Presidentes, aunque dispuestos á volverles la espalda en su oportunidad, todos esos sostenían que aquel caudillo estaba sólo tanteando la situación, pero que no daría la campanada. Y se apoyaban en este argumento terrible: ¿creen ustedes, decían, que si Comonfort traicionara su

causa habría venido don Benito Juárez ayer á responder de su conducta?

Se abrió la sesión y parecía reinar en ella completa calma, cuando don Juan José Baz, que como hemos visto y como lo dice la Historia, era uno de los que estaban trabajando por un cambio de política, se desbordó como un torrente denunciando la conspiración. «He ido á Veracruz, les dijo, á explorar la opinión y á estudiar los medios para salvar la libertad: no estoy por la ley fundamental como se encuentra; pero no quiero que se quite por la fuerza ni tampoco ceder mi puesto de diputado al clero ni á la reacción, y por eso vengo á decirles que estamos sobre un volcán, que mañana ya no podremos reunirnos porque estarán las calles de México inundadas de pronunciados. . . . .»

El señor Baz dijo otras muchas cosas, pero se le hizo poco caso: la mayor parte de los diputados dijeron que tenían más fé en las palabras de Juárez, que en las denuncias de Baz, que no era más que un enemigo de Comonfort y que por lo mismo le lanzaba acusaciones sin ningún fundamento. Si es uno de los conspiradores, ¿cómo viene á quemar sus naves denunciando á sus compañeros?

Y no obstante que se habló mucho en sesión secreta sobre el asunto, no se tomó resolución ninguna, habiéndose escuchado casi con indiferencia una nota del ministro Payno en que se decía que si había algún culpable, no sería otro más que él, y que sobre él descargara toda su cólera el gran jurado.

Pero, ¿qué cólera había de descargar el gran jurado si ya sabía muy bien el ministro que el jurado, con todo y

Congreso, iban á rodar por el polvo arrollados por la rebelión?

Ante todos aquellos esquilazos que se estaban dando, en los que se ocupaban los periódicos aunque con parsimonia, porque estaba en suspenso la libertad de imprenta, ya no era posible que los comprometidos, que los conjurados se esperaran más, y el día 27 amaneció pronunciado Zuloaga en Tacubaya, obedeciendo las órdenes de su compadre.

El acta respectiva, ¡y qué acta! sólo ocupaba seis artículos: el 1.º derribando la Constitución; el 2.º nombrando dictador á Comonfort; el 3.º prometiendo otra asamblea constituyente católica; el 4.º poniéndole rémoras á la nueva Constitución; el 5.º estableciendo un consejo de gobierno, y el 6.º poniendo fuera de la ley á las autoridades que no aprobaran tan sabio plan.

Y á propósito de planes, ¡qué diferencia entre éste y el de Ayutla, que con tanto entusiasmo había defendido Comonfort!

Como Zuloaga después de su pronunciamiento de Tacubaya se dirigió á México y ocupó la Ciudadela, que también se pronunció; como el plan fué secundado por Alcérreca el gobernador del Distrito que dió su proclama; como se dispararon veintiun cañonazos, se repicaron las campanas y se izó el pabellón nacional en los edificios públicos, se dió por hecho el cambio de gobierno, apresurándose á renunciar sus puestos cuantos funcionarios y empleados no estaban conformes con tales novedades.

El estupor fué tan profundo y tan general, que de pronto nadie sabía qué hacer, ni para dónde dirigirse, ni qué conducta observar, y aun los mismos del pronuncia-

miento, como asustados de su obra, no dieron señales de vida en muchas horas.

Los diputados no pensaron en reunirse, y mucho menos estando el local en el mismo palacio del gobierno, de donde de seguro hubieran sido lanzados á culatazos.

El mismo Comonfort estaba como atacado de parálisis, hasta que se le presentaron los políticos y militares que lo habían precipitado al abismo diciéndole que todos los cambios de gobierno necesitaban víctimas, y que era necesario escoger algunas.

—Pero si nadie se mueve, si nadie se me opone.

—No le hace, le insinuó Zuloaga, pueden salir de la sorpresa y coger á don Benito Juárez como bandera.

—Juárez es mi amigo.

—En política, de los amigos es de quien más debe desconfiarse. De la misma manera es preciso recoger en los cuarteles á los diputados que se pueda, para que no les den ganas de reunirse en ninguna parte. Es necesario no dar tregua á los puros que tienen que ser nuestros naturales enemigos.

—Está bien, dijo Comonfort con un poco de desgano y con algo más de repugnancia, hagan ustedes las prisiones que quieran.

—Aquí está la lista.

—Bien, bien, dijo Comonfort sin verla.

Y en seguida salieron los encargados de aprehender á don Benito Juárez, Presidente de la Corte; á don Isidoro Olvera, Presidente del Congreso, á dos ó tres militares y á ocho ó diez diputados de los más quisquillosos. A otros muchos debió haberse aprehendido, pero tuvieron buenas narices y se escondieron ó salieron huyendo para refugiarse en los dominios de don Manuel Doblado, que se

había manifestado contrario al golpe de Estado de Comonfort.

Después de las prisiones se pasaron dos días en expectativa, sin que nadie pudiera darse cuenta de la situación, porque el Presidente no hablaba todavía; pero el 20 aceptó el plan de Tacubaya que se publicó por bando, con salvas y repiques, publicándose á la vez un manifiesto que firmaba aquel con todas sus letras, echándole brea á la Constitución.

Se dió parte al arzobispo del cambio político que se había efectuado, y la autoridad eclesiástica, para corresponder á tal galantería, dió un decreto conforme al que quedaban libres de pena los que habiendo jurado la Constitución se adhirieran al salvador plan de Tacubaya. ¡Quién sabe cuántas gentes abrieron los ojos ante esta forma de absolver pecados que habían merecido la excomunión y de poner con tanta facilidad el prestigio eclesiástico en la balanza de la política!

Como el *pastel* se había estado condimentando con mucha anticipación, secundaron el pronunciamiento las fuerzas de Veracruz, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca y algunas otras guarniciones y gobiernos, y á pesar de eso, Comonfort no las tenía todas consigo cuando veía á su compadre Zuloaga, que era el héroe del momento, rodeado de la gente de la reacción que había venido combatiendo su gobierno durante dos años.

—¡Si esta bomba que he hecho estallar acabará por hundirnos á todos! exclamaba á sus solas.



## CAPITULO XV.

### *Surgen los macabeos.*

**M**IENTRAS que Comonfort contemplaba alelado su obra sin dar ningún paso decisivo, y sin que su Consejo de Gobierno, compuesto de hombres de todos los partidos, tampoco dictara ninguna resolución, porque era imposible que pudieran ponerse de acuerdo, los gobernadores liberales de los Estados como Parrodi, Doblado, Huerta y otros, se coaligaron declarando su independencia de acción para oponerse á los planes del centro, y el mismo Estado de Veracruz volvió sobre sus pasos entrando de nuevo al orden constitucional.

Las indecisiones del Presidente que quería conciliar elementos que eran irreconciliables, le hicieron no sólo sospechoso sino despreciable para los partidos extremos, y en uno y otro campo se propusieron eliminarlo, los liberales asumiendo su soberanía y los conservadores tomando de instrumento á Zuloaga, que ya les había perte-